

YAZMÍN

Nos encontrábamos juntas, sentadas en el suelo, observando cómo un grupo de hormigas desmembraban el cadáver de un cucarrón marrón. Su cuerpo, cristalizado, yacía al filo de una chancla de un hombre enfermo. A veces los sonidos, a veces Jovana, a veces Jovana imitando los sonidos, los crujidos, traquidos que te erizan hasta el pescuezo, y que cada tanto emitía el cuerpecito de este cucarrón marrón al ser quirúrgicamente diseccionado por sus himenópteras cirujanas, me devolvían a la mente la penosa imagen del hombre enfermo que, a regañadientes, llamé “papá”. El hombre, el papá, el enfermo, moriría de diabetes a sus cuarenta y ocho. Y es esa, quizás, la historia más larga que viví cerca de un hombre en Villavicencio.

Jovana y yo fuimos las hermanas y amigas que de niñas supimos regalarnos, juntas, tantos mundos de fuga como fueran posibles, siempre, juntas, bajo el celaje de aire espeso y caliente, precario y hostil, de una infancia marginada. En ese momento en que ella con quince y yo con nueve, las ilusiones del progreso y los rumores de que parientes lejanos y vecinos cercanos se hicieron de una vida, familia y esas otras cosas importantes que existen lejos de aquí, se llevaron a mi hermana y amiga, a mi Jovana, a Bogotá. Jovana, aventurera y joven, amiga y hermana, supo ver en una propuesta de su padre —no el mío, el suyo, que es de ella y no mío—, la única posibilidad de emerger y hacerse de una vida soñada más allá de nuestra ruralidad desamparada y gris. Aunque en mi mano de nueve años parecieron eternos los días, noches, y todos los tiempos lejos de ella, los rumores y el progreso también me armaron mochila y maletas y, una vez culminé el bachillerato, me embarcaron hacia esa gran ciudad rojo-naranja que de pequeñita pude visitar curiosa entre titulares de noticieros.

Adolescente, luego joven y con frío, errante entre gentes de abrigo y seños fruncidos, supe hacerme de amigos y amigas que no eran Jovana. También de nuevas personas que resultaron presentándome el amor romántico, el amor eterno, el amor psicótico, el amor. Y el desamor y la rabia y el miedo y todas las cosas que nos terminan por hacer adultas. A las mujeres. Adultas para ser grandiosas en una vida de ciudad que maltrata más que el abandono de un padre que supo vivir en soledad rodeado de amigos. Pero las cosas, sí, las cosas, siempre mejoran para alguien a quien el mundo le presentó primero los caminos de trocha antes que las autopistas al mar. Mejoran para alguien que encontró en la escritura el lugar más amable para ensamblarle ruedas a una chancla que de niña observaba como colcha de un cadáver de insecto y, que hoy, hace de esta colcha, colcha suya, su colcha motorizada, preparada para la adulta-infante que regresaría en vuelo y con una larga estela de historias a sus espaldas, al calor del abrazo de su hermana, compinche, compañera, camarada y amiga, Jovana.

Andrés Matías Pinilla